

MARTES, 6 DE MAYO DE 2008 • 21:15 H

La doctora paseaba con calma entre el ajetreo del final de la tarde hacia la parada del autobús. La brisa, algo más fresca a esa hora, se colaba entre las casas del residencial saturada de aroma a brotes verdes. Se hizo a un lado, sin llegar a detenerse, para esquivar a dos chavales que se perseguían entre carcajadas, y contempló con agrado los tonos rojizos y azules del anochecer mientras las farolas de la calle ganaban en intensidad. Inspiró un par de veces para disfrutar de la sensación. Procedente de alguna casa cercana una música violenta ponía la nota discordante, pero cuando el volumen comenzaba a resultar molesto se desvaneció de repente.

En el silencio, le pareció escuchar un grito que pedía auxilio.

Se detuvo atenta.

El grito se repitió desesperado: «¡Socorro! ¡Que alguien avise a un médico!».

Por encima de la valla, a su izquierda, un hombre junto a un ventanal abierto se agarraba la cabeza y volvía a gritar. Sin pensarlo demasiado empujó la cancela y recorrió a toda prisa el camino de grava que ascendía por el césped.

—Soy médico —dijo al llegar junto al hombre—, ¿qué le pasa?  
—Lo sujetó por los brazos.

—¡Es mi hijo! —exclamó espantado, la mirada vuelta hacia el salón.

—¡Cálmese! —Tuvo que zarandearlo un poco—. ¿Dónde está su hijo?

El hombre señaló tras el ventanal y cuando ella entró, a la tenue luz de un par de lámparas pudo ver dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno de mujer, con el vestido subido hasta el pecho dejando a la vista la ropa interior, la cara congestionada vuelta hacia ella y los ojos demasiado abiertos pero sin ver.

A un par de metros, un muchacho tumbado boca arriba con un charco de sangre que se extendía bajo su cabeza respiraba con dificultad. Se arrodilló a su lado y le cogió la muñeca; había pulso, aunque débil.

Se volvió hacia la puerta. Junto al padre había un par de vecinos más.

—Avisen al enfermero del centro de salud —ordenó—, que venga con la mochila de parada, y a emergencias, digan que hemos comenzado la reanimación. ¡Y a la policía! —gritó cuando los otros dos ya se alejaban hacia la calle.

El padre se acuclilló a su lado. Lloraba.

—Dios mío, no, no dejes que muera.

—¡Dígame cómo se llama su hijo!

—Leandro, se llama Leandro.

La respiración del chaval sonaba a burbujas. Le abrió la boca y le limpió los restos de algo espeso. Mientras actuaba no cesaba de repetir como un mantra el nombre del niño. El pulso seguía débil y cuando pasó una mano por detrás de la cabeza una parte del cráneo cedió bajo sus dedos; al retirarla estaba cubierta de sangre. Mandó al padre a por una toalla limpia y se la colocó con cuidado bajo la cabeza.

—No lo vamos a mover hasta que lleguen los sanitarios —dijo mientras con disimulo se limpiaba la mano en el pantalón. Se acercó a la mujer para asegurarse y regresó junto al niño.

Un policía local muy joven se asomó por la hoja abierta del ventanal.

—¿Qué ocurre...? —comenzó con voz segura, aunque al ver el cadáver se interrumpió en seco con una mano en la boca y la cara tan pálida que la doctora temió que se fuera a desmayar.

—Oiga —le dijo—. ¡Oiga! —Consiguió que apartara los ojos de la muerta.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar con voz temblorosa y la mano aferrada al marco.

—Alguien los ha atacado —explicó ella—. La mujer ha muerto. —Por el padre, evitó decir que el niño estaba muy mal—. ¿Puede confirmar que se ha dado el aviso a emergencias?

El policía pareció agradecer la sugerencia y salió. Al instante la sirena de una ambulancia se escuchó cada vez más cercana

hasta detenerse frente a la casa y el equipo de emergencias entró escoltado por el mismo policía, seguidos por el enfermero de su consulta. Ella les resumió la situación y comenzaron a estabilizar al niño.

Se apartó unos pasos hacia el padre, que desde cierta distancia contemplaba al muchacho mientras los de emergencias se ocupaban de él. Las lágrimas brotaban mansas, mezcladas en la mejilla derecha con la sangre que goteaba de cuatro arañazos paralelos bastante profundos. Quiso saber cómo se los había hecho, pero él, absorto en su hijo, no pareció escucharla.

—¿Se pondrá bien? —preguntó sin desviar la mirada.

Ella lo miró de lado sin saber qué responder. Fuera ya había oscurecido; el reflejo anaranjado de las luces de la ambulancia iluminaba intermitente el techo del salón y entrecortaba los movimientos de los presentes, como si la alarma de incendios se hubiese disparado en mitad de una representación. Miró a su alrededor mientras una angustiada sensación de futilidad le oprimía la garganta y tuvo la acuciante necesidad de curar los arañazos de la cara de aquel hombre.

—Está en buenas manos, seguro que sí —mintió mientras empapaba una gasa.

MARTES, 6 DE MAYO DE 2008 • 21:50 H

Empujado por la cálida brisa, el visillo proyectaba una inquieta mancha de luz con un vaivén como el de las olas en una orilla lejana. La pantalla de un teléfono olvidado sobre la mesilla de noche refulgía con la cadencia irregular de un faro averiado cada vez que la mancha de luz lo salpicaba.

La cortina se apaciguó y el teléfono, contagiado por la urgencia de la llamada, despertó con exigente zumbido y emprendió un insensato viaje por encima del tablero. A tres dedos del filo, la vibración se detuvo y dejó en el ambiente la calma de un mal presagio.

Un instante después, resuelto, el móvil reanudó su danza. El tono de llamada se interrumpió con un chasquido.

—Sí.

—¿Ernesto...? —Un hilo de voz temblorosa. De fondo, otras voces; en la distancia, una sirena.

—¿Estéfano? —Preocupado—. ¿Eres tú, Estéfano? ¿Estás bien?

—Han matado a Blanca. —Una pausa—. Leandro está malherido. —Otra pausa, un sollozo—. Lo llevan al hospital.

—¡Dios mío! Pero, ¿qué os ha pasado?

—Yo... no lo sé. —Una voz distante le ordenaba poner fin a la llamada—. Ahora no puedo hablar. ¿Puedes ir al hospital hasta que yo llegue?

VIERNES, 13 DE ENERO DE 2017 • 21:30 H

Ernesto Pérez Quiroga se despidió de su último paciente de la tarde. Cerró la libreta, desconectó el ordenador y salió al recibidor con la bufanda en el cuello y su abrigo largo y negro sobre el brazo.

—Que tenga un buen fin de semana, doctor Quiroga —dijo la secretaria con una sonrisa.

—Igualmente, Carolina —respondió él tirando de la puerta—. Hasta el lunes.

Hacía mucho frío esa noche, y el contraste de las calles ahora vacías y en penumbra con el bullicio y la iluminación de la recién terminada Navidad acentuaba la gélida sensación. Para el frío del invierno, Ernesto se calzó los guantes y se ajustó el cuello del abrigo; para mitigar el de dentro, sin pararse a pensarlo, decidió que era el momento de comprar un teleobjetivo que acechaba desde hacía meses. Con esa idea consiguió hacer a un lado la añoranza de otras Navidades y disfrutar del paseo. Le gustaba el frío; le gustaba pasear bien abrigado por las calles de Granada en invierno y volver después al calor de un buen fuego en la chimenea, un té negro bien caliente y una buena novela.

En algunas ocasiones, de rodillas frente al toril de sus recuerdos, se atrevía a abrir el portón y reconocer, al compás de las cornadas, que todo aquello no eran más que los sustitutos de un hogar y una familia. Tiempo atrás, poco después de la muerte de Estéfano y su propio divorcio, pensar en eso le resultaba demasiado doloroso. Aún así, más a menudo de lo saludable, se deslizaba con cruel determinación hacia ese espinoso paisaje, forastero entre las lápidas de su pasado, como si hurgar en ese dolor y paladear su sabor amargo fuese un perverso antídoto contra el olvido. Pasa-

ron los años, las llagas cicatrizaron y el pesar por sus pérdidas, igual que la punzada de un hueso roto en días de lluvia, quedó reservado solo para fechas señaladas, como un recordatorio en el almanaque de la cocina o una pregunta sin responder. Y así, excepción hecha de esos aniversarios de venerada melancolía, su vida transcurría plácida y previsible con la tranquilidad de quien, por fin, ha aceptado que algunos lugares no son para él.

Cruzaba Trinidad en diagonal hacia calle Duquesa cuando notó la vibración del móvil en el bolsillo de su camisa. El aire helado se le coló hasta el pecho al desabrochar el abrigo para alcanzar el teléfono.

—¿Sí? —Se detuvo mientras pugnaba por volver a cerrar el botón con la mano libre.

—¿Ernesto? —Una voz juvenil le resultó lejanamente conocida.

—Soy yo, dígame —respondió a la expectativa.

—Hola —dijo la voz, cada vez más familiar—. Soy Hugo. Hugo Rinaldi, ¿me recuerdas?

—¿Cómo no! Ha pasado mucho tiempo... ¿Cómo te va?

—Bien, bien, en verdad.

El tropel de recuerdos pareció desparramarse a su alrededor y alejar la sensación de frío.

—Y tu madre, ¿cómo sigue?

—Ya la conoces.

Claro que la conocía. Flemáticamente inglesa, como siempre, o quizás un poco más con el paso de los años. Ernesto sintió una punzada de culpa por esos pensamientos; sin tener claro el porqué, la relación entre Elena y él siempre fue áspera.

—Me alegro mucho. Tú dirás.

La conversación quedó en suspenso un instante; lo escuchó aclararse la voz.

—Verás... Necesito pedirte algo. Algo para mí —hizo una leve pausa—, y sobre todo para mi padre.

A Ernesto se le secó la boca. Estéfano, su amigo, el padre de Hugo, había muerto —se había suicidado— cuatro años antes en la cárcel.

—¿Tu padre? —acertó a decir.

—No es fácil hablarlo por teléfono. ¿Sería posible que nos viésemos?

Algo en su tono le dio a entender que se refería a esa misma tarde.

—Supongo que sí —dijo Ernesto con la voz ronca.

—Si pudieses venir ahora te lo agradecería infinito.

Ernesto miró su reloj: casi las ocho de la tarde. Aquella historia lo había cogido por sorpresa y ni siquiera tenía claro que le apeteciera remover ese pasado.

—Si no puedes hoy, lo comprendo —comenzó a decir Hugo—. Esto parece un atraco. —Río nervioso.

—Suenan tan... extraño.

—Lo entiendo, pero todo se aclarará en cuanto hablemos.

—Está bien, ¿dónde nos vemos?

—En la casa de mi padre, en Monte Vives —dijo con el mismo tono que emplearía para proponer algo prohibido—. Te espero aquí.

Ernesto asintió y después de terminar la llamada se dio cuenta de que solo había hecho el gesto con su cabeza. Mientras desandaba parte del camino hasta una parada de taxis trató de recordar cuándo había sido su última visita a aquella casa, pero fue incapaz. Lo único que se le venía a la cabeza al pensar en Estéfano y el residencial Monte Vives era la trágica noche de los asesinatos y los años de desolación que la siguieron.

El taxista, tras dos tímidos esfuerzos por ofrecerle conversación, hizo el trayecto de casi cuarenta minutos en silencio, algo que Ernesto agradeció. El trabajoso avance del coche entre el caos del centro y los cristales empañados delimitaron una burbuja a su alrededor, con una sensación atemporal que le ayudó a aislarse del presente y sumirse con suavidad en sus recuerdos.

SÁBADO, 19 DE JUNIO DE 1992

Era un sábado a primera hora de la mañana, después de una tediosa guardia y con todo un prometedor fin de semana por delante. Comprar algo para prepararse un buen almuerzo, descansar un rato por la tarde y acudir a la fiesta en casa de una compañera con un puñado de residentes del hospital no se le antojaba un mal plan para empezar. Hasta que el coche de aquel descerebrado se cruzó en su camino sin que Ernesto pudiese hacer nada para esquivarlo.

—¡Joder! —exclamó al saltar de su asiento—. ¿Es que no ves por dónde vas?

Un joven bajó del otro turismo entre gestos y disculpas con acento italiano, lo que acrecentó el enfado de Ernesto que empezaba a imaginar problemas con las aseguradoras.

—Lo siento. Me he despistado buscando una dirección —dijo el otro—. Ha sido culpa mía.

—Pues claro que ha sido culpa tuya —apostilló Ernesto tratando de calmarse. «No te jode».

Ninguno de los dos vehículos estaba en condiciones. La rueda delantera derecha del italiano estaba doblada en un ángulo anormal; el de Ernesto tenía la aleta delantera empotrada en el neumático y el líquido del radiador era un charco bajo el motor. Tras el coche de Ernesto, los impacientes conductores hacían sonar sus cláxones mientras ellos sacaban los documentos. Estéfano Rinaldi fue el nombre que anotó el italiano en la declaración justo antes de volverse hacia el atasco que se había organizado y gesticular con gracia hacia los indignados conductores para que dejaran de pitar y dieran media vuelta.

Una patrulla de policía local se detuvo tras el turismo del italiano. Se acercaron a interesarse por los detalles del accidente y él

les relató lo ocurrido. Ernesto no añadió nada más y los policías se dedicaron a organizar el tráfico. Estéfano se dirigió a Ernesto.

—¿Un café? Yo invito.

Ernesto lo miró sin dar crédito y luego se encogió de hombros. En cualquier caso, tenían que esperar a la grúa y el calor ya molestaba. La siguiente media hora se les fue bajo el entoldado de una cafetería. Estéfano se disculpó formalmente: se sentía responsable de haberle estropeado el día; al ser su coche alquilado, dispondría de uno de sustitución en cuestión de horas, de modo que se ofreció a llevarlo a donde le hiciera falta. Ernesto le dijo que no era necesario, pero el italiano se mantuvo firme.

—Una disculpa es un compromiso —sentenció—. Lo contrario es hipocresía.

Ernesto lo contempló curioso, pero comprendió que a Estéfano le traía sin cuidado lo que él pudiese opinar al respecto. Hablaba con una seguridad que podía resultar impropia a su aspecto.

—Solo intento reparar el daño —insistió con voz serena.

Ernesto asintió y le dio las gracias.

Los planes de ese día cambiaron. Tras recoger el nuevo coche de Estéfano, fueron a almorzar a un restaurante familiar y pasaron gran parte de la tarde entre charla y tazas de té cerca de Plaza Nueva. Estéfano se había licenciado en Historia del Arte en Florencia y había comenzado su doctorado en Granada y Ernesto estaba en su segundo año como psiquiatra residente. Ambos tenían el empuje de la juventud y la recién conquistada independencia, pero por debajo de eso, y aunque aún tuviesen que pasar años para que ellos mismos se dieran cuenta, compartían una visión muy parecida de lo fundamental de la vida, un mismo idioma interno. Eso fue lo que marcó la diferencia.

VIERNES, 13 DE ENERO DE 2017 • 22:00 H

La voz del taxista lo devolvió al presente: «Hemos llegado». La segunda vez alzó un poco la voz mientras lo miraba por el retrovisor. Ernesto murmuró una disculpa y el taxi se alejó bajo la amarillenta luz de las farolas por la calle desierta del residencial. El aire olía a frío de nieve y humo de chimenea, una invitación a volver a casa y compartir cena y sobremesa en familia.

Ernesto se enfrentó con la que había sido la casa de su amigo. Los árboles del jardín estaban más altos y de la pintura blanca de la valla solo quedaban retazos; el portón no era como el que recordaba y un pequeño farol sobre el pilar, también nuevo, arrojaba un círculo de luz frente a la entrada. Se acercó y pulsó el timbre. Al instante el zumbido en la cerradura lo animó a empujar la puerta y Ernesto entró con la incomodidad de quien ha dejado de sentirse dueño de su destino. Subió la pendiente de grava cubierta de hojas secas, rodeado por los mismos aromas de diez años antes, hasta la silueta que lo esperaba recortada a contraluz en el quicio de la puerta.

Se saludaron con una mezcla de afecto y lejanía. Hugo era muy alto y corpulento; siempre lo fue para su edad y ahora debía de medir casi dos metros. Guardaba de él la imagen de un preadolescente deportista muy tímido y reservado, aunque cariñoso, y ahora era un hombre el que le estrechaba la mano y lo miraba desde las alturas con la franca sonrisa de su padre. Llevaba el pelo muy corto y una barba oscura, densa y larga, pero muy bien arreglada, que hacía que la perilla canosa de Ernesto pareciera una simple pelusa. Bajo la camiseta gris y la americana se adivinaban horas de ejercicio.

Le precedió hacia el amplio salón y le indicó un par de cómodos sillones de lectura frente a la chimenea. En la mesita, entre las

dos butacas, Hugo depositó una copa con su medida de coñac que Ernesto tomó e hizo girar con suave balanceo en el hueco de su mano. Tomó un sorbo para serenarse.

El joven se acomodó a su lado y tras beber casi la mitad de un batido de color verde explicó a Ernesto la razón de su llamada: unos meses antes, al cumplir los dieciocho años, había recibido una carta de un despacho de abogados. Desde la muerte de su padre habían gestionado una importante suma, cercana al millón de euros, procedente del seguro de vida y su parte de la herencia. Por deseo expreso de su padre, no debía tener conocimiento de la existencia de ese dinero hasta alcanzar la mayoría de edad. Junto con la herencia, le entregaron una carta manuscrita en la que le reiteraba su inocencia, le pedía perdón y le rogaba que no lo recordase como un asesino. A pesar de la oposición frontal de su madre, libre ya de su dependencia económica, había decidido encargar una investigación para limpiar su memoria.

—Sé que lo que te voy a pedir puede sonar extraño. Tú eras bastante más que su mejor amigo —Ernesto asintió pensativo— y por eso me he atrevido a llamarte. Solo quiero que me respondas a una pregunta antes de seguir y te ruego que seas honesto, que olvides que soy su hijo y respondas con franqueza: ¿Crees que lo hizo?

Ernesto bajó la mirada. Recordó los días siguientes a los asesinatos; sus conversaciones con Estéfano, primero en el hospital y luego las veces que pudo visitarlo en la cárcel. Recordó la contundencia del fiscal, la pobre defensa de su abogado, y una vez más tuvo que reconocer que desde la lógica y la razón todo lo señalaba a él. Y sin embargo...

—No —respondió al fin—. Tu padre no era un asesino. De algún modo que nunca llegué a comprender se sentía culpable, pero jamás he creído que lo hiciera él.

Hugo llevaba un rato con la vista perdida en el fuego de la chimenea y se volvió hacia Ernesto.

—Es la misma sensación —dijo y añadió un poco apresurado—. Lo que tengo que pedirte es que participes en la investigación.

Ernesto lo contempló con las cejas enarcadas.

—¿Yo? —Miró a su alrededor desconcertado—. Soy psiquiatra, no detective. ¡Por Dios! No sabría ni por dónde empezar.

*Siete inviernos después*

Hugo alzó las dos manos.

—No te pido que seas tú quien dirija la investigación, claro que no. De eso ya se encargan dos profesionales. —Hizo una pausa y se giró por completo hacia Ernesto, con vehemencia—. Lo que te pido es que participes, que te involucres, que les acompañes y aportes lo que sabes, lo que piensas. Nadie conoció a mi padre mejor que tú. Eres la única persona que puede ayudarles a rellenar los huecos que el tiempo haya vaciado, el único que puede poner voz a la memoria de mi padre.

Quería resistirse, pero en el fondo sabía que Hugo llevaba razón. Se sentía conmovido por la fe de ese muchacho en un padre a quien solo había conocido en la infancia, dispuesto a emplear su herencia en una empresa imposible. Las palabras de Hugo le hicieron mella con una sensación cercana a la vergüenza: era algo que debía a su amigo y quizás también a sí mismo. No obstante, aún realizó un torpe intento por resistirse.

—Tú podrías hacerlo —sugirió, aunque nada más ver la expresión de Hugo se dio cuenta de que había metido la pata: el muchacho, debido a la carga emocional de aquellos días, no guardaba más que vagos recuerdos. De hecho, él mismo había comentado en algún momento con Estéfano esa amnesia selectiva de su hijo—. Disculpa, olvidé que no recuerdas casi nada de aquello.

—Así es —respondió—. No te preocupes. Supongo que a veces es mejor no recordar.

Ernesto asintió pensativo.

—Siempre fuiste un chico muy maduro, bien es verdad que tu infancia no fue fácil. Tu padre merecía un hijo como tú.

Hugo desvió la mirada hacia las llamas y el reflejo del fuego reverberó en sus ojos.

—Te ayudaré —afirmó cuando Hugo volvió a fijar su mirada en él—. Colaboraré con esos investigadores lo mejor que sepa y pueda. Tienes mi palabra.

SÁBADO, 14 DE ENERO DE 2017

Habían transcurrido casi veinticuatro horas desde que aceptara el encargo de Hugo. En ese lapso Ernesto había tenido tiempo de vacilar entre el arrepentimiento por haberlo hecho y la certeza de haber tomado la decisión correcta. El sábado, a mediodía, llegó a descolgar el teléfono para decirle que lo dejaba, pero algo lo empujaba a seguir. Hugo no podía tener ni la más mínima idea de la crisis tan profunda que sufrió tras la muerte de Estéfano, o sus dos muertes, en cierto sentido: la primera con el ingreso en prisión y la segunda con el suicidio en la cárcel, a lo que se sumó su propia separación cuando su pareja, que ya se tambaleaba, no pudo resistir el golpe que significó la muerte de su amigo.

Fueron necesarios algunos meses de terapia para acomodar el tumulto de emociones y la apatía que se había apoderado de él; para dejarlo todo bien recogido y ordenado. Y ahora llegaba su hijo, con la misma voz y la misma sonrisa con la que tanto había compartido, a pedirle, sin saberlo, que volviese a desenterrar un pasado demasiado doloroso.

No había dormido bien aquella noche y eso, por sí solo, ya era un mal síntoma.

El viejo reloj del salón marcó las cinco de la tarde. Una hora después había quedado con Lucía para una sesión de fotografía nocturna y aún no había preparado el equipo. Se sentía pesado y sin fuerzas. Tan atezado que arrancar su cuerpo del sofá en el que había caído después del almuerzo se le antojaba una tarea imposible. Con un esfuerzo de voluntad se puso en marcha. Tuvo que repasar la mochila un par de veces para asegurarse de llevar todo lo necesario. Se cambió de ropa y bien abrigado la cargó en el maletero y se dirigió a casa de Lucía.

Durante el trayecto hasta el pantano conversaron acerca del material que pensaban adquirir. Ernesto habló casi sin parar de las ventajas del teleobjetivo al que había echado el ojo y todo lo que pensaba hacer con él, y así siguió hasta detener el coche a pocos metros del aliviadero. Cuando se disponía a apagar el motor Lucía le sujetó el brazo para detenerlo.

—¿Te sientes bien?

A él no le sonó del todo a pregunta.

—No has parado de hablar en todo el camino —añadió—. Saltas de un tema a otro con un entusiasmo que suena fingido. Diría que estás dando vueltas para no pararte —sentenció.

—Ayer tuve un encuentro inesperado. —Su voz sonó como la de quien se deshace por un momento de una maleta demasiado pesada. Lucía se acomodó sin prisa—. Hugo, el hijo de Estéfano, me llamó para pedirme algo. —Ella torció un poco el gesto, pero él, con la vista al frente, no se percató.

—¿Y?

Ernesto le contó la petición de Hugo y que al final había aceptado; le explicó que desde entonces se sentía dividido entre seguir adelante y alejarse de todo aquello.

—Ya ves. —Las manos cayeron pesadas desde el volante—. La historia me persigue.

Terminó con un resoplido.

Lucía era psicóloga; la mejor que había conocido. Se conocieron hacía ya muchos años, cuando él hacía la residencia y ella acababa de aterrizar procedente de Buenos Aires para participar en un seminario sobre terapia Gestalt. En un descanso compartieron un café y un buen rato de conversación, y se intercambiaron sus tarjetas por si alguno de los dos decidía volver a cruzar el océano.

Dos años más tarde Ernesto se encontraba en su último semestre pensando hacia dónde iba a dirigir sus pasos cuando recibió una llamada de Lucía. Había decidido establecerse en Granada y llegaría un mes después; quería saber si podría ayudarle a encontrar un piso a buen precio, en una buena zona, en el que vivir y montar su consulta. En tiempo récord, Lucía, su marido y sus dos hijos estaban instalados en Granada con los trámites para abrir la consulta bastante avanzados. La amistad entre los dos creció a la vez que su interés por la Gestalt. Ernesto solía frecuentar su casa

en los tiempos en que Lucía solo atendía a dos o tres pacientes a la semana. Pasó el tiempo, la consulta creció y las visitas de Ernesto se espaciaron, pero raro era el mes que no pasaban algunas tardes comentando casos de pacientes complicados, ya fuese en casa de ella o en alguna de sus salidas fotográficas, una pasión que también compartían.

La muerte de Estéfano provocó en él una sensación de vacío, un estado de apatía que terminó por afectar a todo. Empezó a encerrarse en sí mismo, y su exmujer, quizás sin comprender del todo su actitud, en lugar de apoyarlo se distanció. Cuanto más se alejaba ella, más se cerraba él, hasta que los silencios dieron paso a los reproches y todo lo hermoso que habían construido se fue a pique entre la incomprensión y las discusiones. Tras la separación, Ernesto terminó por derrumbarse y acudió a Lucía, ahora como profesional. Fue ella quien le ayudó a superar el trance: «Me trajiste de vuelta», solía comentar con sincero agradecimiento cuando recordaba aquellos meses de terapia.

Lucía lo había escuchado sin intervenir mientras él trataba de aclarar sus contradicciones.

—Es normal que te sientas así —dijo—. No me parece para nada incoherente.

La miró mientras se pellizcaba la perilla.

—Claro —prosiguió—. Dices que por un lado quieres y por otro no. La verdad es que me parece muy normal que quieras hacerlo porque piensas que es lo correcto, que se lo debes a la memoria de tu amigo y porque puede que a ti mismo te venga bien. Por otro lado, también es humano que no te apetezca reabrir viejas heridas.

Ernesto asintió.

—Todo eso es obvio —dijo él—. Lo que me incomoda es el resultado de esa contradicción.

—Lo que te empuja a hacerlo es el afecto, la lealtad a su memoria; lo que te frena es el miedo al sufrimiento. Esos son los dos platillos de la balanza —terminó ella—. Ahora solo tienes que decidir qué vas a hacer.

—Sé que lo voy a hacer —afirmó como quien se declara culpable de un crimen.

Ella asintió prudente.

*Siete inviernos después*

—No serías tú si no lo hicieras —dijo después de una pausa—.  
Lo que no significa que esté de acuerdo ni que me alegre.

Ernesto apagó el motor y salieron a la fría noche.

—¿Cuándo os reunís? —preguntó Lucía mientras se golpeaba  
una mano contra otra.

—Mañana a las cinco.

—Entonces venga, hagamos unas cuantas fotos y volvamos. Si  
quieres ayudar, debes estar descansado.

DOMINGO, 15 DE ENERO DE 2017

Se había citado con Hugo a las cinco en la casa de Monte Vives. Cuando llegó, dos viejos troncos ardían en la chimenea y el aroma a café llenaba la estancia. Estaban de pie en la cocina y Hugo le comentó que los investigadores no llegarían hasta las seis.

—Antes quiero que sepas quienes son.

Sobre la mesa del comedor, al otro lado del mostrador que dividía la cocina en dos ambientes, había dos carpetas de cartón negro. Con la taza de café humeando Ernesto se sentó a la mesa y Hugo lo acompañó con un vaso largo lleno de un líquido color crema. Sin más preámbulos abrió la primera carpeta y comenzó a leer.

—Marcelo Orellana. 61 años, aunque dicen que no aparenta más de cincuenta. —Se encogió de hombros—. Viudo, una hija. Policía nacional retirado hace ocho años tras un accidente en acto de servicio. —Hizo un inciso—. Creo que fue un accidente de tráfico durante una persecución. Estaba en homicidios y después de varios meses convaleciente se pasó al sector privado. Compensa su falta de imaginación con una perseverancia que sobrepasa lo obsesivo. No deja cabos sueltos y no se fía de nada ni de nadie.

—Vaya —interrumpió Ernesto con un guiño—. Un auténtico sabueso.

—Dicen que es honesto y algo seco, y según los abogados alguien en quien se puede confiar —concluyó Hugo.

—Bueno, veamos a su compañero.

—Compañera —le corrigió Hugo—. Claudia Tatsis. No tan mayor: 37 años. Soltera. Policía judicial de la Guardia Civil.

—¿Tatsis? —preguntó extrañado—. ¿De dónde es?

—Es de aquí, pero su padre era griego si no recuerdo mal —aclaró Hugo y continuó leyendo—. Parece que esta tipa va por

libre. Tiene compañeros que no la soportan, pero debe de ser buena porque los abogados insistieron bastante y al final han conseguido que le concedan un permiso sin sueldo. Es reservada y meticulosa. Resolvió el caso del robo de la Capilla Real.

Ernesto lo recordaba, cómo no: un asunto que tuvo en vilo a toda la ciudad, tanto por la habilidad de los ladrones como por lo estancada que estuvo la investigación durante meses. «Así que fue ella», se dijo con curiosidad.

—Además, tiene un máster en criminología y colabora con el FBI.

Tras escuchar las dos fichas, Ernesto se entretuvo en las fotos de los que iban a ser sus compañeros. Marcelo Orellana tenía una cara curtida y fibrosa, de mentón rotundo como la de un ciclista, coronada por un pelo tieso, cano y corto, al estilo militar, y con un bigote gris encrespado. De no ser por la nariz aplastada como un boniato demasiado cocido, podría pasar por el protagonista de alguna tragedia griega, aunque Ernesto no supo precisar si representaría el bien o el mal. Sus ojos parecían haber visto mucha miseria, pero seguían en guardia y, de un modo sutil, sin amenaza, transmitían un mensaje: mejor tenerlo como amigo.

Al abrir la segunda carpeta, unos ojos intensos y serenos, del color de un buen coñac a la luz de una llama, parecían sostenerle la mirada como si adivinaran que él la estaba observando. La cara ovalada, la melena rubia recogida en una coleta, las cejas definidas y el leve toque de carmín en los labios, incluso la pequeña cicatriz de la barbilla y el diminuto lunar del pómulo derecho parecían haber sido creados con el único fin de enmarcar esa mirada viva e inteligente.

Ernesto logró desembarazarse y cerrar la carpeta.

—¿Les has hablado de mí? —preguntó mientras apartaba los expedientes.

—Claro.

—Déjame adivinar. —Se pellizcó la perilla—. Ernesto Pérez Quiroga, 52 años, separado, tres hijos, psiquiatra... Y punto.

A Hugo se le escapó una carcajada y continuó.

—Licenciado en medicina. Máster en psiquiatría forense.

—Fue solo un experto —le corrigió—. Eso es medio máster.

—Mi padre fue un gran hombre y tú su mejor amigo —continuó sin hacer caso a la interrupción—. Eso es mucho más que un máster.

Hugo le propuso pasar al salón. Ernesto se acercó al ventanal que abarcaba toda la pared que daba hacia el jardín y la entrada. Nubes bajas, de nieve, cubrían la ciudad; la «panza de burra», como la llamaban por la comarca. La decoración del gran salón no era la misma, pero no pudo evitar rememorar la primera vez que estuvo allí, cuando Estéfano lo llevó para enseñarle la casa que pensaba comprar. Se estremeció al recordar lo diferente que era todo entonces, lo diferente que era él mismo; la de sueños que habían quedado por el camino. Con ese ánimo sombrío, se retiró del ventanal para sacudirse la nostalgia y paseó por la habitación. Se vio sentado en el sofá, una noche cualquiera de verano, compartiendo sobremesa con un grupo de amigos mientras Estéfano les planteaba un absurdo juego que consistía en poner color a las emociones. Se imaginó a sí mismo, en ese preciso momento, y el color que le vino a la mente fue el morado; o mejor, el color del que se vuelve el agua en el vaso de las acuarelas.

Al azar, después de dar un par de vueltas, eligió una de las sillas de respaldo recto de la mesa de ocho plazas. Hugo entró desde la cocina y se extrañó al ver las dos butacas vacías, aunque tuvo el tacto de no decir nada.

—De repente tengo la sensación de que te he pedido más de lo que pensaba. —Se sentó.

—En absoluto —respondió Ernesto, aunque su expresión parecía decir «ni te imaginas».

—Lo haría yo si tuviese algún recuerdo de aquella época.

Ernesto lo contempló con interés.

—Eras un niño. Aún sin la amnesia, poco ibas a aportar a la investigación.

Hugo frunció los labios y el extremo de su barba se adelantó. El gesto le hizo parecer mucho más mayor.

—Si prefieres retirarte...

—No —cortó Ernesto tajante—. Es cierto que para mí no va a ser fácil, pero la decisión ya está tomada. Por cierto —cambió de tema para zanjar el asunto—, ¿por qué ese empeño en que nos reunamos aquí?

Hugo tamborileó sobre la madera maciza.

—Cuestión operativa —respondió al poco—, aquí podéis centralizar la investigación sin distracciones.

Ernesto lo miró con el ceño fruncido y Hugo le sostuvo la mirada. Tenía la impresión de que había algo más.

—Vale —cedió el joven—. Hay otra razón. Es un asunto... —se interrumpió para elegir la palabra—, de ambiente, de vibraciones. Aquí es donde ocurrió todo y creo que eso es importante.

Ernesto tuvo que reconocer que en lo de las vibraciones y el ambiente el chaval llevaba mucha razón. Lo que no tenía tan claro era que eso fuese a facilitar la tarea, al menos en lo que a él concernía.

—Por supuesto, lo hablé con los dos investigadores —añadió— y se mostraron encantados de poder trabajar en el mismo escenario del crimen.

Ernesto asintió. Pasaron el rato poniéndose al día de los últimos cuatro años. Hugo era el socio principal de una consultoría especializada en seguridad informática y su situación económica, a sus dieciocho años, era bastante holgada aún sin la herencia. A los catorce, en colaboración con dos compañeros del instituto, había vendido su primer juego para ordenador, y un año más tarde consiguió acceder a las bases de datos de un importante banco nacional y presentarse ante los directivos con un listado de las cuentas de sus cien clientes más importantes. La jugada le valió un generoso contrato para rediseñar el sistema de seguridad de la entidad, a la que siguieron varias empresas más. A propósito de la casa, le contó que su madre la puso en venta tras la muerte de su padre, pero todos sus esfuerzos por deshacerse de ella fueron en vano; los compradores desaparecían como el humo cuando se enteraban del trágico acontecimiento.

—Supongo que nadie quiere vivir en una casa en la que se han cometido dos asesinatos —comentó.

A las seis de la tarde se escuchó una llave en la cerradura. Un instante después la puerta que comunicaba el recibidor con el salón dio paso a Claudia seguida por Marcelo. Ella dejó un anorak de montaña sobre el brazo del sofá y se acercó con una sonrisa hasta donde esperaban, puestos en pie, Ernesto y su joven anfi-

trión. El apretón de manos fue breve pero firme y Ernesto se descubrió, por segunda vez, atrapado por su mirada.

Marcelo se demoró unos instantes para colgar su gabardina en el perchero y caminó sin prisa hacia Ernesto, que no pudo evitar sentirse escrutado por la mirada fija del expolicía.

—Marcelo Orellana, encantado —dijo con voz monótona a la vez que estrechaba la mano de Ernesto, quien correspondió con una leve inclinación de cabeza.

Hugo les indicó que se sentaran y preguntó a los recién llegados si les apetecía tomar algo. Rehusaron.

—Bueno, el equipo al completo —dijo con una sonrisa satisfecha.

Marcelo enarcó una ceja contemplando a Ernesto un poco de soslayo, gesto que no pasó desapercibido a Hugo.

—Ernesto fue el mejor amigo de mi padre y será uno más en este equipo —afirmó tajante, sin dirigirse en especial a él.

Hizo una pausa que resultó algo incómoda para Ernesto, como si diera lugar a que alguien objetara.

—Perfecto entonces. —Volvió a levantarse—. Entiendo que no es fácil, pero quiero que hagan todo lo que sea posible para encontrar la verdad por desagradable que pueda ser.

Hubo un murmullo de asentimiento y Hugo se dispuso a abandonar la casa. Cogió un abrigo largo y salió con las carpetas bajo el brazo.

—Tienen comida en la despensa y en el frigorífico —dijo mientras entregaba el tercer juego de llaves a Ernesto—. En la otra habitación disponen de ordenador, fax, fotocopiadora y conexión a la red. Para cualquier duda legal que se les plantee tienen el teléfono del bufete de abogados. Sobre la mesa les han dejado toda la documentación y si necesitan algún documento más no duden en pedírselo.

Ernesto lo contempló hasta que se perdió tras el muro. Dio media vuelta y regresó al salón con un suspiro.

Ocuparon el resto de la tarde en elaborar un cronograma de la vida de Estéfano, desde que llegó a España en abril de 1992, poco antes de conocer a Ernesto, hasta su muerte en la cárcel en 2014, pasando por la boda con Blanca, la demanda por el aborto, el nacimiento de su primer hijo, el divorcio, su vida con Elena y

*Siete inviernos después*

el nacimiento de Hugo, la reaparición de Blanca con la demanda de custodia de su primer hijo, la muerte de Blanca y Leandro, la detención, el proceso y el ingreso en prisión. Mientras Claudia leía anotaciones en una libreta, Marcelo pinchaba papeles en un inmenso tablón de corcho que había fijado en la pared opuesta al ventanal. Ernesto hizo algunas precisiones sobre fechas, pero la mayor parte del tiempo estuvo sentado observando con interés el quehacer de los dos investigadores.

A continuación empezaron a revisar la documentación de que disponían. Alguien, con seguridad del despacho de abogados, había hecho un trabajo previo de limpieza de documentos sin interés de los voluminosos expedientes judiciales, pero aún así, pensó Ernesto abrumado, revisar toda esa documentación les podía llevar semanas.

—Si te parece, comenzaremos por todo lo relacionado con la noche de los asesinatos y la investigación policial hasta la detención de Estéfano —dijo Marcelo con un golpe decidido sobre la mesa.

Claudia y él se repartieron la documentación.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Ernesto acomodado en la silla.

Claudia se volvió hacia el panel para buscarle una ocupación y Marcelo resopló sin levantar la vista de sus documentos.

—¿Qué sabe hacer usted? —preguntó con un deje de sarcasmo.

A Ernesto le sorprendió el tono, pero logró responder con voz calmada; no deseaba aumentar la tensión.

—Más de lo que usted piensa —dijo firme—. Y lo que no sé lo aprendo rápido.

—Tardaremos menos en hacerlo nosotros que en enseñar al doctor —respondió Marcelo con el mismo tono dirigiéndose a Claudia como si él no estuviese presente, aunque ella no pareció dispuesta a seguirle el juego.

—Hay una parte de la que tenemos muy poca información —dijo—. De la demanda que presentó Blanca pidiendo el aborto no hay casi nada. Usted era miembro del comité de ética que deliberó sobre aquello, ¿no es cierto?

—Sí.

—Estaría bien saber más de aquel episodio —sugirió.

Ernesto no respondió y se giró sin disimulo hacia Marcelo, expectante; este, por toda respuesta, se encogió de hombros.

—Esa actitud no me vale. —Marcelo lo miró sorprendido—. O estoy o no estoy, pero no de esta manera.

—La puerta está abierta —respondió el expolicía con desgana.

—Un poco de calma, Orellana —intervino Claudia con gesto severo—. Sin el doctor Quiroga nos va a costar demasiado completar el cuadro.

Parecía dispuesta a seguir con su argumento, pero Ernesto la interrumpió con un gesto de agradecimiento.

—Ustedes están aquí por dinero. Es su trabajo —dijo con calma—, pero yo estoy en esto porque Estéfano, además de ser inocente, era mi amigo. Usted piensa que solo puedo ser un estorbo y le aseguro que en cualquier otra investigación yo mismo estaría de acuerdo. —Hizo una breve pausa mientras Marcelo asentía con la cabeza—. Sin embargo, en este caso está usted equivocado, y me cuesta creer que tenga tan buenas referencias y no sea capaz de verlo.

Claudia lo observaba con curiosidad y Marcelo, tenso, se inclinó hacia delante dispuesto a responderle. Ernesto alzó la mano con la palma hacia él.

—Resulta que yo conocí a Estéfano como pocos; conozco sus relaciones y muchos de los hechos que ustedes necesitarán investigar solo los van a encontrar aquí. —Apuntó con el índice hacia su cabeza—. Salgan a la calle, husmeen unos rastros que ya se borran y luego vuelvan, enciérrense un mes con todos esos informes. —Señaló las pilas de documentos que había sobre la mesa—. Expliquen entonces a Hugo Rinaldi que no han conseguido aclarar nada —terminó con algo más de pasión que al comenzar y pasó la vista de Marcelo a Claudia y vuelta a Marcelo—. A no ser que ya lo tenga todo claro y su única intención sea volver a presentar a su cliente las mismas pruebas disfrazadas de algo nuevo para cobrar el trabajo.

El rostro de Marcelo se encendió y su puño se cerró alrededor del borde de la mesa, pero la respuesta llegó con la voz de Claudia:

—Puede estar seguro de que no es el objetivo —afirmó tajante—. Se equivoca si piensa que Hugo Rinaldi nos ha encontrado en los anuncios por palabras —añadió algo más relajada.

*Siete inviernos después*

—Me alegra que sea así. —Obsequió a Claudia con una inclinación de cabeza.

A través del ventanal, diminutas escamas de nieve planeaban indecisas sobre el césped del jardín.

Ernesto hizo un gesto con las manos como si se sacudiera una pelusa, se levantó y se dirigió con parsimonia hacia la percha de la que colgaba su abrigo. De espaldas a ellos, se lo puso y se anudó la bufanda. Cuando se volvió, Claudia, que se había puesto en pie, lo miraba con una expresión casi divertida. Comprendió que ella estaba de su parte y al ver la mirada confundida de Marcelo se dio cuenta de que ese primer asalto había sido para él; rogó que fuese también el último.

—Así que, señor Orellana, ya puede empezar a contar —dijo relajado—. Decidan si son dos o somos tres. Yo volveré el miércoles por la tarde para desearles suerte y largarme o para ponerme a trabajar como uno más.

Tras dejar sobre la mesa una tarjeta con su teléfono salió al recibidor y dejó que la puerta del salón se cerrara con suavidad tras él.

LUNES, 16 DE ENERO DE 2017

A primera hora de la mañana Claudia telefoneó a Ernesto para preguntarle si podría pasar un rato por la casa a fin de aclararle algunas dudas sobre Estéfano.

Su reacción inicial fue algo fría: temía que se pudiese tratar de una maniobra urdida a medias con Marcelo para conseguir que siguiera en el equipo, y ni pensaba consentir esa manipulación ni pasar por alto la actitud del expolicía. Ante la duda prefirió ser muy claro con Claudia y ella, sin alterarse, le aseguró que Marcelo no tenía nada que ver con esa llamada; comprendía su reacción y estaba convencida de que rectificaría su postura. Le pareció sincera y una hora más tarde se encontraron en Monte Vives.

—Gracias por venir —dijo ella cuando Ernesto entró en el salón.

—No hay de qué —respondió mientras dejaba su abrigo.

Sin aludir a Marcelo, Claudia fue directa al motivo de la cita.

—Hábleme de Estéfano Rinaldi —dijo—. La primera vez que nos reunimos con Hugo nos explicó que usted era su mejor amigo y por ese motivo le iba a pedir que se uniese a nosotros en la investigación. Nos dijo que usted también estaba convencido de que el señor Rinaldi era inocente.

—Así es —asintió Ernesto.

—Esa es la cuestión —siguió ella—. Cuando Hugo nos puso en antecedentes y empecé a estudiar los documentos de la investigación, llegué a la conclusión de que pocas veces había visto un caso en el que la culpabilidad de alguien estuviese tan clara.

Ernesto negaba con firmeza y ella señaló el gesto.

—A eso me refiero. Que un hijo quiera demostrar la inocencia de su padre me puede parecer algo admirable, pero no es un dato que me aporte demasiado. Ayer tuve la impresión de que usted

realmente está convencido de que el señor Rinaldi era inocente y como no creo que sufra ningún trastorno que le impida ver la realidad, no me queda más remedio que deducir que usted sabe algo que no está en los papeles.

Se detuvo y parpadeó sin dejar de mirarlo con sus grandes ojos marrones, algo más claros que los de la foto de su expediente.

—Si busca algo concreto, alguna prueba —dijo Ernesto—, siento decepcionarla. No la hay.

—¿Entonces? —Ella elevó las manos mientras se encogía de hombros.

—Conocí a Estéfano como nadie —explicó—. Almas gemelas, si entiende a qué me refiero.

Ella negaba con la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

—Comprenderá que eso no nos sirve —insistió con delicadeza.

—Perfectamente —respondió él al momento—. Sin embargo es todo lo que tengo. Estéfano era una persona honesta, incapaz de hacer daño a nadie; el asesinato no entraba en sus posibilidades y mucho menos algo tan atroz como lo que sucedió con Blanca y su hijo Leandro.

—El asesinato es siempre una posibilidad. Para cualquiera —replicó ella con la misma convicción.

—Entiendo a qué se refiere —concedió con rapidez—, pero convengamos que es más fácil imaginar un asesinato cometido por un terrorista que por la madre Teresa de Calcuta.

La ocurrencia de Ernesto le hizo sonreír.

—Hablamos de un crimen pasional. Eso marca alguna diferencia —matizó—. Ustedes se conocieron en el noventa y dos, ¿no es cierto?

—En junio, sí.

—¿Fueron amigos hasta que murió?

Asintió.

—¿Y en todo ese tiempo no hubo periodos en los que dejaran de verse? Me refiero a periodos prolongados, en concreto antes de la muerte de Blanca y su hijo.

—Hubo épocas en las que nos vimos poco, por supuesto —concedió Ernesto, que imaginaba a dónde quería ir a parar—. Durante su doctorado él pasó algunos meses en Italia y yo estuve

fuera de Granada cerca de un año, pero la relación se mantuvo sin altibajos. Además, todo eso ocurrió mucho antes de los asesinatos.

—Ya... —dijo pensativa.

—Verá, entiendo su desconcierto —dijo Ernesto—. Me doy cuenta de que juego con ventaja y al mismo tiempo comprendo que es imposible que yo consiga transmitirle cómo era Estéfano. Para eso tendría que conocerlo como yo lo conocí.

Claudia hizo un gesto afirmativo.

—Cuénteme cómo era el señor Rinaldi —dijo—. Puedo tratar de hacerme una idea a través de usted.

La petición casi resultaba absurda, pensó Ernesto, aunque precisamente para eso era para lo que él estaba allí.

—Estéfano era una persona muy atractiva, de esas con las que apetece estar: alguien que enamoraba.

Claudia volvió a sonreír.

—No me malinterprete —dijo él divertido.

—Lo siento —dijo ella sin dejar de reír—. Me ha parecido curiosa la manera de decirlo.

—Vale —continuó—. Tenía una manera particular de ver la vida, con más profundidad que la mayoría.

—¿Se incluye usted en esa minoría? —preguntó ella. Ernesto pensó que bromeaba, pero no había guasa en su mirada.

—Sería presuntuoso afirmar algo así sobre mí mismo —respondió—. En todo caso, digamos que me gustaría, que quizás me acercaba un poco a esa natural sabiduría de Estéfano; supongo que algo aprendí de él, aunque dudo mucho que llegase a su nivel.

Ella hizo un gesto que Ernesto no supo interpretar.

—Le contaré algo que me ocurrió con Estéfano; quizás le ayude —dijo recordando un episodio—. Una noche estábamos cenando con varios amigos en un bar de menús baratos, con manteles de hule y televisión colgada sobre la nevera de los helados, y en las noticias hablaron de un asesinato —explicó—. No recuerdo todos los detalles, pero sí que a raíz de ese suceso iniciamos una discusión sobre cuál era el peor delito que un ser humano podía cometer.

Claudia asintió con atención.

—Estéfano estuvo mucho tiempo callado y de repente expuso una idea que aún hoy me resulta extremadamente sutil.

*Siete inviernos después*

—Continúe —dijo ella.

—Su planteamiento era que lo más valioso y al mismo tiempo lo único irremplazable es el tiempo —explicó—. «Todo lo que poseemos vale el tiempo que hayamos invertido en conseguirlo» —dijo—. Lo que Estéfano vino a defender fue que todos los delitos deberían castigarse según la cantidad de tiempo que robaban a la víctima. Algo imposible de plasmar en un código, pero aún así brillante.

Claudia lo miró curiosa.

—No crea que Estéfano bromeaba —dijo al ver su gesto—. Lo razonaba de una manera tan precisa que parecía un teorema matemático: un delincuente debería compensar el delito con su propio tiempo.

—Entonces ser impuntual te convertiría en delincuente —apuntó Claudia.

—Por ejemplo. Y cosas aún peores.

—Ya —dijo ella pensativa.

—Es lo de menos —repuso él—. La cuestión es que Estéfano creía en eso, formaba parte de su modo particular de ir por la vida —dijo muy serio—. Quien comete un asesinato roba a otro todo el tiempo que le queda y lo que es peor, un tiempo imposible de reponer.

—Para concluir que el peor crimen es el asesinato no hace falta dar tantas vueltas.

—Lo interesante es el concepto de vida como tiempo —respondió él—. Si consigues conectar de verdad con eso, el significado de las horas tiene un matiz diferente.

Claudia guardó silencio. Afirmó con la cabeza un par de veces de un modo casi imperceptible.

—Si le dijeran que alguien con esa filosofía de vida ha cometido un asesinato, a usted también le resultaría imposible creerlo.

—Entiendo —dijo ella—, pero a pesar de todo...

Ernesto negó con la cabeza mientras se pasaba la mano por la perilla.

—Ya ve. —Fijó en ella su mirada—. Es imposible que yo consiga hacerle entender cómo era Estéfano. —Hizo una pausa bajando la vista y luego continuó con una voz que parecía haberse ido lejos—. Hay personas que pasan por la vida como cascarones hue-

cos. Se mueven siempre en la superficie sin penetrar hasta el fondo de nada, y lo que es peor, sin tratar de conocerse a sí mismos, sin cuestionar jamás los principios y los valores que alguien les inculcó cuando niños y que luego cambiaron por los de su pandilla como quien cambia de camisa para ir al trabajo. No pueden ser fieles a nada porque no se han ocupado de encontrar nada auténtico y así van, tan camuflados con el entorno que su vida parece de alquiler. Nada les impregna de verdad y la huella de sus pasos termina por confundirse con la del resto.

Ernesto había terminado por elevar el tono y la miraba con intensidad. Se detuvo de golpe; se había dejado ir sin medida delante de una completa desconocida.

—Estéfano era lo opuesto a todo eso y supongo que por eso fue mi mejor amigo —concluyó con más calma—. Lamento la conferencia —añadió con pudor.

—No tiene de qué disculparse, me ha gustado. —Ella lo miró con sus ojos marrones que parecían haberse vuelto aún más profundos y Ernesto comprendió que era esa cualidad de su mirada la que le había llevado a dejarse ir un momento antes.

—Supongo que le habrán dicho muchas veces que sus ojos atrapan —dijo.

—No tantas —repuso ella— y nunca de esta manera.

MIÉRCOLES, 18 DE ENERO DE 2017

Ernesto regresó de la cocina con un tazón de café y se fijó en el aspecto del salón. La gran mesa casi no se veía por la cantidad de papeles esparcidos sobre ella. Marcelo, sentado en una silla, ojeaba uno de los álbumes de fotos que había traído Ernesto y Claudia, en pie a su lado y un poco por detrás, se inclinaba sobre la mesa con el brazo derecho apoyado sobre el grueso tablero. Seleccionaban instantáneas de épocas pasadas en las que se pudieran apreciar con claridad personas que estuvieron en la vida de Estéfano.

No le apetecía revisar aquellos recuerdos. Se acercó al ventanal a contemplar el jardín y a meditar lo que Claudia le había dicho momentos antes. De la nevada del domingo solo quedaban pequeños parches en las partes más umbrías del jardín o a la sombra de los pequeños muros, y Ernesto abrazó el tazón con ambas manos, con la confortable sensación de ver el frío sin sentirlo.

Marcelo atrajo su atención. Había un rostro que creían reconocer en una de las imágenes, pero no estaban seguros.

—¿Es Blanca? —Señaló la imagen con la parte roma del lápiz.

—Es Belén, la hermana de Blanca.

—Como dos gotas de agua —dijo el expolicía—. ¿Se parecían tanto en realidad?

—Sí y no —respondió pensativo—. Se parecían mucho en algunos gestos, incluso físicamente. Pero no sé... Belén era como la versión «corredora de maratones» de Blanca.

—Fibrosa —dijo Claudia. Ernesto asintió.

—Fibrosa, seria, introvertida, responsable, aburrida a su manera —dijo para completar el retrato—. En eso, desde luego, no se parecían en nada.

—Júpiter contra Saturno —sentenció Claudia y ante las caras de extrañeza de sus compañeros, explicó sin darle importancia—. Astrología.

Ernesto guardó su curiosidad.

—No se llevaban bien, demasiado opuestas —aclaró.

Siguieron pasando fotos mientras él permanecía en pie a unos metros. La relación con Marcelo se había suavizado un punto; incluso creía entender su postura inicial hacia él: un hombre acostumbrado a trabajar a su manera, aunque a la postre parecía haber comprendido que la colaboración de Ernesto en el caso iba a resultar imprescindible.

El lunes a media tarde, tal como había pronosticado Claudia, recibió la llamada de Marcelo. Fue una conversación breve, aunque no seca. Marcelo le soltó una disculpa un tanto torpe, le dijo que contaban con él como uno más y le pidió que estuviese el miércoles en la casa a las cuatro de la tarde. Ernesto solo tuvo tiempo de decir «allí estaré» y la comunicación se cortó. «Bueno», se dijo mientras contemplaba el teléfono, «tiene orgullo, pero sabe guardarlo cuando va en su contra». Había temido que Marcelo intentara enviar a Claudia como intermediaria, lo cual no hubiese hablado bien de él.

Cuando llegó esa tarde a la casa, Marcelo le aclaró que él sería uno más y que estaría presente en toda la investigación, pero que las cosas se harían a la manera que decidieran Claudia y él, y que si en cualquier momento consideraban que estaba resultando un estorbo, por supuesto se lo harían saber. Ernesto, una vez cubierto su objetivo, estuvo de acuerdo y se estrecharon las manos. Armisticio. Claudia se le acercó en un momento en que Marcelo había ido al aseo.

—Ha resuelto muy bien la situación. No es tan mal tipo como parece, ya lo iré conociendo.

Ernesto le agradeció el comentario.

—¿Iba en serio lo que dijo la otra noche? —preguntó ella—. ¿Lo de dejar la investigación?

—Por supuesto —contestó, relajado pero serio.

—¿Y la memoria de su amigo?

*Siete inviernos después*

—En eso también juego con ventaja. —Ella enarcó las cejas—. Como le dije el lunes, Estéfano no era un asesino —apostilló contundente.

Ella lo miró buscando las palabras al tiempo que Marcelo regresaba.

—En ese caso es usted el único de los tres que está convencido de eso —replicó mientras se tensaba la coleta—. Y permítame decirle que no es bueno comenzar una investigación desde esa postura. Le puede llevar a enfrentarse con la realidad y eso no es nada útil: la realidad es la que es y tiende a ser muy tozuda.

—Los hechos son algo objetivo —apuntó él—. Lo que yo sé de Estéfano es un hecho.

—Los hechos no son nada sin nuestra interpretación —continuó ella— y menos cuando hablamos de algo que sucedió hace tanto tiempo. La memoria es como el viento en el desierto, cada vez que revisamos un recuerdo lo deforma como el viento a las dunas.

—Hermoso símil —concedió él.

Después de aquella breve conversación, Ernesto fue hacia el ventanal pensativo con el tazón de café en las manos y ellos empezaron a revisar las fotos. Tras unas cuantas aclaraciones más en relación con algunas caras, pasaron por el escáner la selección, una treintena de instantáneas, y volvieron a colocar los originales en sus páginas.

—¿Ha traído las actas del comité? —preguntó Claudia mientras encendía el portátil.

—Creo que podré recogerlas mañana —respondió—. Pensé que tendría una copia en algún disco duro, pero no he conseguido encontrarla. Un antiguo compañero va a intentar recuperarlas, aunque no me ha prometido nada. Ha pasado mucho tiempo.

—Vaya... —dijo contrariada—, supuse que esos documentos estarían archivados.

—Y lo estarán, la cuestión es dónde. —Ernesto abrió las manos con las palmas hacia el cielo—. Yo también debería de tenerlas, fui quien las redactó.

—Debió de ser un caso interesante —intervino Marcelo.

—Puede estar seguro —afirmó con la cabeza—. Interesante y envenenado.

—Siento curiosidad —continuó Marcelo con el lápiz apoyado bajo el labio inferior—. ¿Cómo funciona eso? Quiero decir, ¿cómo hacen en un comité de ética con un asunto como ese para dar con la solución?

—Pues veré, la clave no es dar con «la solución» —explicó—, sino encontrar muchas posibles soluciones y de entre todas ellas elegir la más prudente; la respuesta del comité no es vinculante, no obliga a quien haya hecho la consulta. Es más una orientación.

—¿Y eso?

—Lo primero es conocer muy bien cuál es la cuestión que se plantea al comité, conocer los hechos objetivos. —Hizo un leve énfasis en la última frase mirando a Claudia, quien le obsequió con una leve sonrisa—. Una vez que todo eso está bien claro, hay que encontrar los valores que entran en conflicto y todas las posibles vías de acción.

—¿Valores en conflicto? —preguntó Marcelo intrigado.

Ernesto intentaba dar una explicación breve, pero no era tan fácil; trató de encontrar un ejemplo.

—Imagine que vuelve del trabajo hacia su casa, con cierta prisa porque se ha comprometido con su hijo de diez años a ayudarlo con un examen —comenzó— y para usted, aparte de que apruebe, es importante que su hijo aprenda que hay que cumplir los compromisos. Eso sería un valor.

—Eso es cierto —afirmó Marcelo.

—Bien —siguió Ernesto—. Ahora imagine que por el camino hay un accidente y usted se siente obligado a detenerse y ayudar, por solidaridad. Eso sería otro valor.

Marcelo y Claudia asintieron.

—Pues ya tenemos el conflicto —concluyó—. La solidaridad enfrentada a cumplir los compromisos: si se detiene por solidaridad, quizás se demore más de una hora, no pueda cumplir lo que prometió a su hijo y puede que incluso él suspenda su examen; si no se detiene por cumplir la promesa, puede ser que alguien no reciba una atención vital.

—Suena interesante —reflexionó Marcelo—. ¿Y la solución? Yo solo veo dos caminos; uno en realidad —añadió con decisión—. Si alguien puede morir, a la mierda el examen.

—Sería una forma finalista de verlo —explicó—. Fijarse solamente en las consecuencias: muerte o suspenso.

—Asunto resuelto entonces.

—Esto es lo mejor del caso —continuó Ernesto—. De entrada no vemos más que dos caminos porque estamos programados para eso: si tomamos uno, protegemos un valor y desdeñamos por completo al otro. O a la inversa, tanto da. Lo estimulante es encontrar alguna solución intermedia con la que consigamos protegerlos a los dos o lesionarlos lo mínimo posible, y de eso se encarga el comité.

—Ya... —intervino Claudia— y en este caso, ¿cuáles serían esas soluciones imaginativas?

Ernesto dejó escapar una carcajada.

—Tendríamos que sentarnos a deliberar —dijo—. Como un comité de tres miembros y tratar de encontrarlas. Era solo un ejemplo.

—Está bien —concedió ella—. Comprendido.

—Volvamos a nuestro asunto. —Marcelo dio por terminada la lección—. En el caso de Blanca y Estéfano, ¿cómo fueron las cosas?, ¿qué hicieron en el comité?

—Bueno, había que aceptar el caso —dijo Ernesto—. Dentro del comité hay un pequeño grupo que se encarga de recibir las consultas y decidir si cumplen los requisitos para que este entre a deliberar; en el del aborto hubo algunos detalles que ya de entrada nos hicieron planteárnoslo. Recuerdo la mañana en que abrí el correo y me encontré con dos consultas. La alegría me duró hasta que los leí; no eran para un comité de novatos como el nuestro, eran dos melones bastante respetables.

JUEVES, 6 DE AGOSTO DE 1998

Tras leer el correo un par de veces, Ernesto se recostó en su asiento con las manos en el regazo y la vista perdida en la pantalla del ordenador, excitado y sobrepasado a partes iguales. Varios meses de duro trabajo parecían comenzar a dar fruto, pero de una forma tan inesperada como apabullante. Con un soplido alargó la mano hacia el teléfono y pulsó la tecla de marcado rápido del presidente del comité. Eran las ocho y diez, pero estaba seguro de que ya se encontraría en su despacho. A mitad del segundo tono escuchó la voz de Daniel al otro lado de la línea.

—¿Daniel? ¿Qué tal? [...] Abre tu correo, hemos recibido dos casos. Te los estoy reenviando.

Ernesto percibió la ilusión en su respuesta y no quiso desengañarlo. Se habían implicado mucho en dar a conocer la utilidad del comité a todo el hospital y llevaban un tiempo a la espera de que esa difusión diese frutos en forma de consultas, pero sus deseos se habían materializado de un modo excesivo. «A ver cuánto le dura la alegría», se dijo.

—Voy a preparar una convocatoria urgente, si es posible para mañana a esta hora [...] Sí, ya sé que el plazo mínimo es de cuarenta y ocho horas, pero son nuestros primeros casos —técnicamente era verdad, aunque ese no era el auténtico motivo— [...] Vale, nos vemos a las diez para desayunar y ya me dices.

Colgó el teléfono y de un modo maquinal, como cada mañana, conectó un pequeño transistor. La voz del locutor anunció que se esperaba un récord de temperaturas ese día, con cifras superiores a los cuarenta y cinco grados. Volvió a leer los dos correos un par de veces, mientras una sensación de opresión se le instalaba en la boca del estómago. Muchos recordarían aquel seis de agosto

como el día más cálido del siglo, pero tuvo claro, como en una revelación, que él y unos cuantos más lo iban a recordar por otro motivo bien diferente.

A las ocho y media estaba concentrado en redactar un breve dossier para los miembros del comité cuando el sonido del teléfono le provocó un leve sobresalto. Era Daniel y por su tono apresurado dedujo que acababa de leer los correos. Le pidió que se pasara en cinco minutos por la sala de juntas, así que imprimió el resumen, las dos consultas, y salió con el material bajo el brazo.

Dos largos pasillos y un tramo de escalera más tarde abrió la puerta de la sala sin llamar. Antonio y Fátima estaban sentados leyendo los correos mientras Daniel, en pie a su espalda, los releía en voz alta apoyado en el respaldo de sus sillas.

—Caso uno. Varón de cincuenta y cuatro años, tetrapléjico desde hace casi diez tras un accidente de ciclismo. Posible demencia incipiente sin diagnóstico confirmado. Úlcera crónica en talón derecho con infección del hueso. Varios episodios de neumonía por aspiración con prolongados ingresos hospitalarios en los últimos dos años. Solicita la retirada de sonda gástrica, la suspensión de alimentación por cualquier vía que no sea la oral y el mantenimiento solo con suero, medidas de higiene y sedación cuando sea necesaria. Hasta su muerte. El equipo que lo atiende solicita estudio del caso y recomendaciones.

Daniel levantó la vista un momento y continuó:

—Caso dos. Este viene desde el juzgado —aclaró con énfasis—. Una pareja de recién casados vuelve de su luna de miel con dos regalos: un embarazo y una demanda de divorcio. Lo que agrava la situación es que ella no desea tener al niño y él sí, y esa parece ser la razón que ha llevado a la demanda de divorcio. Su Señoría nos pide un dictamen en un plazo no mayor a cuatro semanas para poder dictar sentencia dentro de los plazos legales de aborto.

Ernesto guardó silencio hasta que Fátima levantó la vista de los papeles. Antonio se rascaba la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

—¡Vaya estreno! —exclamó Fátima mirándolos a todos.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Los dos asuntos son graves —dijo Daniel mientras señalaba una silla a Ernesto y se sentaba a su vez—, pero del caso de abor-

to me preocupa la urgencia y que la petición sea de un juzgado. Estamos en plena época de vacaciones y va a costar reunir a todo el comité.

—Murphy... —murmuró Antonio.

—Pedro, Natalia y David están en el extranjero; no vuelven hasta principio de septiembre —dijo Ernesto consultando sus notas—. Los demás estamos, pero es posible que a mitad de este mes alguien más se vaya de vacaciones.

El resto asintieron pensativos. Daniel anotó algo.

—Vayamos por partes —dijo Antonio—. Antes que nada, ¿tenemos claro que los dos casos cumplen con las condiciones para ser aceptados?

—No veo por qué no —respondió Daniel mientras Fátima asentía—. Sin embargo, he preferido llamaros a los que he podido. Cuatro ven más que dos.

—¿Puede un juzgado presentar un caso al comité? —insistió Antonio.

Daniel estaba releendo los criterios de rechazo, pero Ernesto se anticipó:

—Quizás no en sentido muy estricto —explicó—, pero no deja de ser un caso que afecta a este hospital porque la pareja vive en nuestra zona.

—Ya, pero es como si presentaran la solicitud desde un organismo oficial no sanitario —arguyó Antonio poniendo las manos con las palmas hacia arriba—. Como si nos lo pidieran desde Hacienda.

Ernesto se volvió hacia Antonio.

—Creo que para denegar la petición a un juez necesitaremos un argumento algo más sólido que para Hacienda.

Antonio iba a responder, pero Daniel intervino para evitar una argumentación en círculos.

—En cuanto llegue Isabel le pediré que lo estudie. —Daniel zanjó la discusión por el momento hasta escuchar la opinión de la letrada del comité—. En cualquier caso, el motivo de haberos llamado con tanta urgencia es para ver qué posibilidad tenemos de convocar una reunión mañana a primera hora.

Eran doce en total y tres estaban fuera, de modo que quedaban nueve posibles. Por el momento faltaban cuatro por localizar.

*Siete inviernos después*

—Muy bien —resumió Daniel—. En principio nos veremos aquí mañana a las nueve, si no tenéis inconveniente, claro. —Solo vio gestos de asentimiento—. Isabel tampoco tiene problema, pero tendremos que asegurarnos de que Ana y Emilio están disponibles. Os llegarán los documentos y la confirmación por correo en cuestión de un par de horas —concluyó con una mirada a Ernesto, que hizo un gesto afirmativo, y luego se dirigió a Antonio—. Estaría bien que empezaras a recabar todo lo que puedas de tus colegas de la zona.

Él y Fátima regresaron a sus quehaceres. Mientras recogía sus documentos, Ernesto preguntó:

—¿Qué te parece?

—Si te refieres a los casos —contestó aclarándose la voz—, los dos me parecen complejos, pero muy, muy interesantes.

Ernesto esbozó una media sonrisa y entornó los ojos, no se refería a eso.

—En cuanto a los detalles —Daniel se puso en pie—, me preocupa mucho más el tema judicial, aunque reconozco que ha sido una grata sorpresa que un juez nos pida opinión.

—Ya —interrumpió Ernesto pensativo—. Estamos para ayudar a mejorar las decisiones y todo eso —recitó sin convicción.

Daniel lo contempló con dos profundas arrugas marcadas en la frente.

—Yo tuve la misma idea nada más leer el correo, pero luego empecé a pensar que el caso puede tener repercusión en los medios. ¿Has visto quién es ella?

Daniel volvió a sentarse y repasó los nombres de la pareja; su expresión cambió de repente.

—¡Blanca de la Cruz! —exclamó excitado—. Dime que no es «esa» Blanca de la Cruz.

Por supuesto que era ella, la recién galardonada con un Goya a la mejor actriz revelación y su flamante marido, Estéfano Rinaldi que, además, era su mejor amigo.

Daniel se limitó a dejar escapar un silbido y Ernesto no supo interpretar si era de preocupación o de entusiasmo.

—¿No me digas que conoces a Blanca de la Cruz?

Ernesto asintió, «si tú supieras» pensó.

—¡Qué cabrón!

—Está claro que yo me tendré que inhibir de esta deliberación.

—Cierto —respondió rápido Daniel—, pero eres el secretario y te encargarás de redactar el acta. Participarás sin voz y sin voto, solo como moderador.

Dadas las circunstancias, Ernesto prefería no tener nada que ver con aquel caso, pero optó por dejarlo estar por el momento. Daniel retomó el hilo de la conversación.

—¿Y qué me decías de la repercusión en los medios?

—En cuanto se filtre —continuó Ernesto—, y ten por seguro que se va a filtrar, vamos a tener presiones por todos lados. Quizás el juez solo pretende repartir esa presión o escudar su decisión final en nuestras recomendaciones.

Daniel hizo un gesto de comprensión y se mantuvo en silencio.

—O peor aún —rumió Ernesto—, que el juez intente presionarnos para que nuestra conclusión sea la que a él le interese, y que Estéfano y Blanca, cada uno por su parte, pretendan presionarme a mí también.

Hizo un movimiento con las manos, como si quisiera apartar esas ideas de su cabeza, con la inesperada sensación de que el calor de la calle había logrado colarse hasta allí.

—Mejor no nos precipitemos —declaró—. Creo que voy a concertar una cita con su señoría con la excusa de aclarar lo que necesita de nosotros y de paso tratar de descubrir por dónde respira. —Se puso en pie con energía tras consultar su reloj—. A ver si Isabel vuelve pronto; se va a tener que multiplicar.

—Deberían clonarla —dijo Daniel. Por toda respuesta, Ernesto puso los ojos en blanco y resopló.

Isabel estaba de camino, por lo que decidió esperarla en su despacho y aprovechar ese tiempo para telefonar al juzgado.

Diez minutos después la abogada entró con un elegante traje de falda estrecha y una montaña de carpetas bajo el brazo; una mezcla apabullante de belleza, carácter e inteligencia. Soltó las carpetas y se sentó al otro lado de la mesa de su despacho.

—¡Vaya marrón! —exclamó con su habitual desparpajo—. A ver, cuéntame de qué va todo esto.

—Tenemos cita con su señoría dentro de media hora —respondió Ernesto—. Te lo explicaré por el camino.

*Siete inviernos después*

—Muy bien —dijo ella, y se levantó como un resorte para salir con su paso breve y decidido por la puerta que él le mantenía abierta.

SÁBADO, 21 DE ENERO DE 2017

Las mañanas soleadas de invierno en Granada tenían para él la misma magia que recordaba de su infancia, cuando su abuelo aparecía en casa muy temprano y se lo llevaba a pasear hasta la hora del almuerzo. El esquivo aroma de los setos de boje, mezclado con la humedad de las hojas de todos los ocres posibles que el viento apelmazaba junto a los muretes de los paseos, le hacían revivir la áspera seguridad que le transmitía la inmensa mano de su abuelo, y las evocadoras anécdotas que le relataba durante sus paseos por esos mismos jardines. El sol, asomado al final del Paseo de la Bomba, arrancaba destellos de las gotitas acumuladas en las plantas sin conseguir traspasar la cortina de aire helado con olor a montaña.

Lucía, nada más verlo, se acercó a él y se cogió de su brazo.

—Vamos —dijo apresurada por el frío—. Tomaremos un café en Las Titas.

Ernesto se dejó arrastrar y cuando entraron al elegante quiosco los recibió el acogedor ambiente.

—Bueno —dijo poco después, instalada en una mesa frente a Ernesto y con un café americano ante ella—, cuéntame. ¿Qué tal en tu nueva faceta de detective?

Le resumió el inicio de su tirante relación con los investigadores y luego le contó la impresión que le habían causado, hasta que terminaron por centrarse en las palabras de Claudia: «La realidad es muy tozuda».

—Lleva mucha razón —dijo Lucía—. ¿No lo crees?

—La realidad es la que es, pero la verdad puede estar oculta bajo diferentes interpretaciones de los mismos hechos —respondió él—. Como en este caso.

—¿Y si no es así? —preguntó—. ¿Y si resulta que después de todo llegáis a la conclusión de que Estéfano es culpable?

Ernesto torció el gesto. Apartó la mirada un momento hacia el pretil del río y la gente que paseaba, en busca de un argumento que sabía que no tenía.

—Estéfano no pudo hacerlo —dijo sin más—. Eso no iba con él.

—Sé que erais más que buenos amigos —replicó ella rotunda—. No digo que tenga que ser así, pero es posible que te cueste aceptarlo porque eso te llevaría a cuestionarte incluso a ti mismo.

Él dejó escapar un suspiro; volver tantas veces al mismo tema en tan poco tiempo empezaba a cargarle.

—Ya hemos hablado sobre esto. —Recordó las interminables sesiones en el gabinete de Lucía.

—Es verdad —cedió ella—. Pero me preocupa tu reticencia a no querer ver que, si somos objetivos, existe la posibilidad de que Estéfano lo hiciera. Ellos te lo han dicho en un sentido estrictamente relacionado con la investigación, pero yo me refiero a algo más profundo, a algo más tuyo. Me preocupa que tu falta de objetividad pueda hacer que te resientas si al final no conseguís nada nuevo. Nunca he llegado a entender por qué te cuesta tanto darte cuenta de todo lo que hiciste por Estéfano —ante la suave negativa de Ernesto, insistió muy seria—. Mucho, Ernesto, aunque para ti siempre fue insuficiente. Eso se llama remordimiento y si no llegáis a un resultado claro, ¿quién te asegura que no vas a volver a despertar esa culpa?

Ernesto le sonrió.

—Lo sé, Lucía, y te lo agradezco —dijo—. Yo también he pensado en eso, pero creo —se corrigió—, sé que ahora no sería igual. Es más, creo que esto es una tarea que tenía pendiente para terminar de cerrar todo lo que trabajé contigo tras la muerte de Estéfano. De un modo que no alcanzo a comprender, algo me dice que este es mi momento y que la llamada de Hugo ha llegado justo cuando tenía que llegar.

—Es posible —asintió pensativa—. Es posible que sea tu naturaleza y desde luego es de necios luchar contra eso. Al menos me tranquiliza saber que no te has metido en esto sin medir tus fuerzas, que no vas por ahí perdido.

Ernesto se echó a reír.

—Ten por seguro que no —le dijo—. Y si en algún momento me veo en peligro, tengo tu teléfono.

Ernesto pagó la cuenta y volvieron a la calle. Pasearon sin prisa por la Carrera de las Angustias hasta la Gran Vía, entre el bullicio de parejas jóvenes y niños que intentaban correr embutidos como astronautas en sus monos para el frío.

—Y con tu consulta —preguntó para cambiar de tema—, ¿qué piensas hacer mientras dure la investigación?

—He pensado dejar libres tres tardes a la semana, así que acomodaré a los pacientes en dos tardes y trataré de espaciar las visitas de los que van mejor —explicó—. Pensaba que el ritmo de la investigación iba a ser más trepidante, pero esto de concertar entrevistas va muy lento.

—¡Eso es! —exclamó con interés—. ¿Cómo es eso de investigar? ¿Cómo hacen?

—La verdad es que no te puedo contar demasiado —dijo él divertido ante su entusiasmo—. De momento han llenado una pared del salón con fotos y anotaciones, y aparte de eso, lo único que hemos hecho es revisar expedientes judiciales.

—¿Y las entrevistas?

—El martes empezamos con el primer policía judicial que llegó a la escena del crimen; el viernes con dos antiguos compañeros del comité. Deberían haber sido tres, pero uno de ellos está de viaje.

—Supongo que investigar no es lo que vemos en televisión —dijo Lucía resignada—. ¿Has comprado ya el teleobjetivo?

Siguieron su paseo cogidos del brazo mientras la conversación derivaba hacia su afición común.

MARTES, 24 DE ENERO DE 2017

A media mañana recibió una llamada de Claudia; el policía judicial había accedido a desplazarse hasta la casa. Ernesto recordó las palabras de Hugo cuando él le mostró sus reticencias a establecer allí el centro de operaciones.

Cuando llegó a la casa, Claudia y Marcelo habían seleccionado todos los informes correspondientes a aquella noche y los tenían más o menos ordenados sobre la mesa del salón. Unos leños ardiendo en la chimenea y el sol que entraba con descaro por el amplio ventanal daban sensación de calidez a la estancia. Los dos investigadores estaban de pie y se movían por la habitación con unas cuantas fotos en las manos; Ernesto tardó un momento en comprender que trataban de identificar los lugares exactos que reproducían las instantáneas.

Faltaba poco más de media hora para la cita con el policía. Ernesto cayó en la cuenta de que le agradaba verlos trabajar: Marcelo metódico, cercano a lo obsesivo, de movimientos pausados, clásico con la americana y la corbata, y con el hábito de pasar dos dedos por el extremo del bigote mientras se concentraba; Claudia, con su melena rubia recogida en una larga cola, sus vaqueros y un jersey holgado, más vivaz que su compañero, colocaba las ampliaciones plastificadas en el suelo. Quizás por rutina, mientras repasaban las imágenes, se preguntaban cómo pudieron desarrollarse los acontecimientos la noche de los asesinatos. Se sintió atrapado por sus comentarios.

Claudia extrajo la siguiente fotografía y Ernesto, curioso, se asomó por encima de su hombro. Al momento se arrepintió: era la foto de Blanca tendida en el suelo, desmadejada como una marioneta sin hilos; el vestido largo y fresco subido hasta el pecho,

dejando al descubierto las bragas negras con grotesca impudicia; la cara hinchada, amoratada, los ojos desorbitados y la punta de la lengua entre sus labios. Casi no se parecía a Blanca, la hermosa Blanca. En ese instante supo que ya nunca más la iba a recordar como fue, sino así, con la terrible máscara que alguien le había dibujado y sintió un sordo estremecimiento de rabia.

Marcelo, acuclillado a unos metros, percibió su malestar.

—No es agradable —dijo comprensivo.

Ernesto negó con la cabeza. El zumbido del timbre del portón los interrumpió y Marcelo se dirigió a la puerta mientras Claudia, discreta, ocultaba la foto.

Un instante después las voces de Marcelo y un desconocido se acercaron desde el camino de entrada. Por las presentaciones, dedujo que ninguno de los dos lo conocía. Francisco Mellado le estrechó la mano y Claudia le ofreció algo de beber, pero el policía declinó la invitación y entró en el salón con paso medido al tiempo que paseaba la mirada por toda la estancia.

—Han pasado muchos años —dijo casi en un susurro; sin esperar más, comenzó a indicarles lo que recordaba.

—Recibí el aviso del Centro Operativo poco después de las nueve y media de la noche y me desplazé hasta aquí —dijo—. Hacía una noche muy agradable, de esas que te hacen sentir el verano. Los locales ya habían acordonado la calle y la patrulla tenía a cuatro personas identificadas junto a la puerta de la cochera.

—¿La patrulla? —se interesó Ernesto.

Marcelo carraspeó y lo miró molesto por la interrupción.

—La patrulla de la Guardia Civil fue la primera en llegar tras el aviso de la Policía Local —explicó—. Confirmaron que se trataba de una muerte violenta y avisaron al policía judicial que estaba de guardia. —Señaló a Mellado con la mano—. Es el protocolo habitual.

—Correcto —confirmó el aludido—. La patrulla tenía identificados a tres hombres y una mujer: el padre, la médico que había realizado la primera asistencia, un enfermero y el dueño de la frutería que había frente a la casa. El guardia que los custodiaba me dijo que en la casa habían encontrado el cadáver de una mujer y al equipo de emergencias atendiendo a un niño de unos diez años. Por lo que sabían hasta el momento, la víctima era la madre del

chaval, divorciada del padre hacía bastante tiempo. Entonces me puse el mono de trabajo para la escena del crimen, cogí el maletín y el rollo de cinta, y me dirigí hacia la casa.

Mientras explicaba caminé hasta el portón de la calle con idea de reconstruir sus pasos de aquella noche.

—Creo que fue entonces cuando el otro guardia me dijo que se trataba de Blanca de la Cruz —comentó en un inciso—. «¿La actriz?», le pregunté, y él me lo confirmó con cara de circunstancias. Aquello me preocupó; en cualquier momento el barrio se iba a convertir en un hervidero de periodistas y le dije que no quería ver a nadie, ni con cámara ni sin cámara, husmeando en la zona acordonada.

Claudia y Marcelo asintieron con un gesto comprensivo y él continuó su relato.

—Cuando entré en la casa fui directo al salón —dijo mientras repetía el camino que había recorrido años atrás—. Los de emergencias ya tenían al muchacho en la camilla y habían tenido cuidado de no pisar el charco de sangre. La verdad —hizo un inciso—, es que me pareció demasiada para un chico de diez años, aunque es algo que me suele pasar siempre con la sangre, ya saben a qué me refiero —comentó antes de retomar el hilo—. El médico me dijo que bajo las uñas de la mano derecha había algo que podrían ser restos de piel, así que le introduje la mano en una bolsa de papel y la aseguré con los velcros. Unas bolsas para preservar pruebas biológicas —aclaró para Ernesto—. Bueno, la cuestión es que delimité con cinta el camino ciego a toda prisa para que salieran con la camilla. —Señaló con la mano en dirección al recibidor y la puerta de la casa.

—Disculpe —interrumpió Ernesto sin atender al gesto de fastidio de Marcelo—. ¿Qué es el camino ciego?

Claudia se adelantó al explicarla.

—Es un paso por el que deben transitar todos los que entran o salen de una escena del crimen, para evitar que se pisen las zonas en las que pueda haber evidencias.

—No queremos echar a perder las pruebas —añadió Mellado con un guiño—. Se delimita con cinta de la Guardia Civil y cualquiera que entre o salga debe hacerlo por ahí.

Ernesto asintió agradecido y Mellado volvió al relato.

—Una vez que los de emergencias se llevaron al niño, eché un vistazo más detenido al cadáver. Tenía un surco profundo en el cuello, con marcas que parecían como de un cordón grueso. En la habitación no encontré ni cuerda ni nada parecido, aunque en el jardín, cerca del ventanal, había un manojito de trozos de cuerda plastificada, de casi un metro cada uno, que se veían muy nuevos. Me pareció evidente que para estrangularla habían utilizado uno de esos trozos —aclaró—. Luego llamé al «Carpeta»...

—El «Carpeta», entre nosotros —interrumpió Claudia—, es el Capitán de la Unidad Orgánica de Policía Judicial: supervisa las actuaciones en la escena del crimen y toda la investigación posterior.

—Correcto —asintió el policía—. Lo llamé para darle la confirmación del homicidio, del muchacho malherido y de los posibles restos de sangre bajo sus uñas. Él me pidió algunos datos y cuando le expliqué quien era ella soltó una ristra de tacos; fue tajante con que debíamos mantener absoluta discreción. Después di aviso al equipo de criminalística de la Comandancia, al equipo de homicidios y al juez de guardia.

—¿Hubo algo más que le llamara la atención? —preguntó Marcelo mientras revisaba sus notas—. Algún detalle insignificante, algo que no esté en los informes.

El policía lo miró y por un momento su mirada se endureció un tanto; una reacción fugaz que no pasó desapercibida a Ernesto.

—Todo lo que vi está en el informe —dijo con tirantez.

Marcelo apoyó la mano en su brazo.

—No lo dudo —dijo cordial—. No pretendía dar a entender lo contrario.

Mellado se relajó y se dispuso a describir la escena.

—El ventanal tenía una de las hojas abierta. —Señaló la parte central y Claudia la deslizó hacia la izquierda—. El cadáver de la mujer estaba aquí. —Señaló la esquina de la habitación, entre la hoja de la derecha del ventanal y la chimenea—. Tras ella había un florero muy alto y delgado tirado en el suelo, roto, y al otro lado de la chimenea una mesita volcada y un terminal de teléfono inalámbrico junto a ella. —Giró sobre sus talones y su mano señaló hacia la derecha—. Delante del sofá había una mesa baja, de madera maciza, y junto a ella estaba el charco de sangre de la cabeza del

*Siete inviernos después*

muchacho —dijo mientras se desplazaba por la habitación—. En la esquina de la mesa había restos de sangre y pelo, y en el brazo del sofá una sudadera gris, como de chándal, de esas con bolsillos y capucha.

Mientras Mellado explicaba Claudia colocaba fotos en su lugar correspondiente.

—La televisión estaba encendida, conectada a una consola de juegos —precisó—. El sonido estaba anulado, pero en la pantalla reconocí la presentación de uno de esos juegos de combate; mis hijos también lo tenían. El mando de la consola estaba en el suelo y allí —añadió señalando la mesa del salón con los informes— había unas fotos de dos niños con la fecha y la hora impresas; eran de esa misma tarde.

—¿Algo más? —preguntó Claudia.

—Nada más que yo recuerde. —Señaló las carpetas sobre la mesa—. Si han visto los informes es posible que se me haya pasado algún detalle, pero creo que eso era lo fundamental. Ni colillas, ni huellas de pisadas. Bueno —se corrigió—, en la cocina encontré un par de tazas con restos de café y huellas de carmín en una de ellas. En la planta de arriba, en un dormitorio, el armario del niño totalmente vacío y toda su ropa sobre la cama junto a tres maletas a medio hacer, y en otro dormitorio, encima de la cama, dos maletas grandes también vacías.

—Entonces, ¿no consiguieron encontrar la cuerda? —preguntó Ernesto.

—Ni esa noche ni nunca. —Mellado negó con la cabeza—. Las marcas en el cuello de la víctima coincidían con el trenzado del manojito que había en el jardín, pero ninguno de los trozos que encontramos tenía restos de sangre o piel: el asesino debió de llevársela o deshacerse de ella allí mismo.

—¿Cómo podría haberse deshecho de la cuerda el asesino? —preguntó Ernesto con curiosidad.

El policía se quedó un momento mirando a Ernesto. Marcelo se adelantó.

—Era una cuerda de esas trenzadas de plástico, ¿no?, de las que hay que quemarles los extremos para que no deshilachen.

—Correcto —afirmó el policía—. Si la que utilizó el asesino era como las que encontramos en el jardín, y todo hacía pensar que fue así, era de esas de color verde, de tendedero.

Durante unos instantes trataron de imaginar cómo hubiesen actuado tras cometer el crimen. Solo se escuchaba el crepitar del fuego a su espalda y el sonido de los pasos del expolicía que caminaba en círculos por el salón, hasta que se detuvo de repente y afirmó con convicción:

—Yo la hubiese quemado. —Miró interrogante a los demás, y Claudia y Mellado asintieron—. Esos cordeles de plástico trenzado se encogen cuando arden hasta convertirse en una masa irreconocible.

—Y, sin embargo, la chimenea estaba limpia. —Ernesto señaló algunas fotos de la escena del crimen en las que se podía ver con nitidez el hueco de la chimenea adornado con una cesta de flores secas.

—Bueno —sugirió el policía—, pudo esconderla en uno de sus bolsillos y destruirla horas más tarde o al día siguiente. O arrojarla a un contenedor.

—¡Cuánta sangre fría! —exclamó Ernesto con forzada incredulidad, aunque solo recibió un encogimiento de hombros por parte de los otros tres. No le cuadraba con la forma de ser de su amigo y la respuesta del policía lo tomó a contrapié.

—Le sorprendería descubrir hasta dónde puede llegar el ser humano bajo ciertas circunstancias —dijo con una sonrisa torcida—. Un buen padre, un amable vecino, un maestro ejemplar, día tras día, año tras año, hasta que algo libera a la bestia y lo transforma en alguien capaz de la peor atrocidad. —Se inclinó hacia Ernesto mientras se golpeaba el pecho con los dedos muy juntos e insistió con vehemencia—. La bestia está aquí, en cada uno de nosotros, solo espera su oportunidad.

Quedaron un instante en silencio: Marcelo y Claudia enfrascados en sus notas para no dejar nada en el aire; Mellado, apoyado en la mesa, asentía con la cabeza como si reafirmara sus últimas palabras; Ernesto los contemplaba pensativo.

—Una cosa más —preguntó al policía—. Cuando llegó esa noche a la casa, ¿le pareció que Estéfano fuera un asesino?

El policía fue a responder rápidamente, pero Ernesto lo detuvo.

*Siete inviernos después*

—No me refiero a lo que luego se desvelara en las pesquisas —dijo—, me refiero a su impresión como profesional acerca de la actitud de Estéfano.

El silencio se prolongó mientras Mellado permanecía con la mirada perdida en las puntas de sus zapatos, como si eso le ayudara.

—No sabría responderle —dijo tras meditar un rato. Los otros dos también fijaron su atención en él—. Supongo que según avanzaba la investigación fue quedando claro que tenía un móvil, que era el único que estaba allí, que los vieron discutiendo poco antes del homicidio, y luego cuando violó la escena del crimen y tuvo la conversación por teléfono... —enumeraba de memoria—. En fin, todo lo apuntaba a él y tampoco es que hiciera gran cosa por defenderse de las acusaciones. Y sin embargo... —meneaba pensativo la cabeza con una profunda arruga en el entrecejo—, es cierto que aquella noche no tuve en ningún momento la sensación de que fuese un asesino; más bien parecía una víctima... Claro que la primera impresión no tiene por qué ser acertada —concluyó volviendo a elevar la mirada.

Ernesto le agradeció su sinceridad.

Marcelo se levantó con su libreta de notas en la mano y le pidió hacer un último repaso a lo que había encontrado aquella noche para precisar un poco algunos detalles. Repitieron el recorrido desde la entrada hacia el ventanal por el jardín y para terminar subieron a la planta de arriba; el policía les indicó los dos dormitorios en los que había encontrado las maletas. Luego regresaron al salón, Mellado se puso su chaquetón, volvió a rechazar la invitación a tomar algo caliente y se despidió.

—Ha sido muy amable —comentó Ernesto poco después, mientras volvía a cerrar la hoja del ventanal por la que se colaba en tropel todo el frío del final de la tarde—. ¿Conclusiones? ¿Novedades?

—¿Algún detalle que no esté en los informes? —Claudia clavó en Marcelo una mirada enojada. Él hizo un gesto de disculpa y ella meneó la cabeza resignada—. Un expolicía nacional sugiriendo a un guardia civil que su informe no estaba bien hecho. ¡Por Dios bendito! Por un momento pensé que se marchaba.

—Me disculpé. —Marcelo, incómodo, trataba de zanjar la cuestión—. ¿Seguimos?

—Está bien. —A regañadientes Claudia dio por buena la disculpa—. No hay mucho nuevo, aunque sí que me ha llamado la atención su apreciación sobre la actitud de Estéfano.

—Y las maletas en el otro dormitorio —apuntó Marcelo—. No me queda muy claro para qué tanta maleta, y la pulsera que llevaba Leandro —mientras hablaba pasó un par de hojas de su libreta.

—¿La pulsera? —le preguntó Ernesto extrañado.

Marcelo le acercó las copias de las fotos que habían encontrado esa noche en la mesa del salón. Al pie estaba impresa la fecha y la hora en que se habían tomado, y el investigador le llamó la atención sobre eso.

—Las fotos se hicieron esa misma tarde... —Ernesto trataba en vano de encontrar una relación.

—En las fotos el niño no lleva la pulsera —dijo Marcelo con suficiencia.

—¿Y de eso se deduce...? —insistió Ernesto con cierto tono impaciente.

—Que la pulsera es un elemento que apareció en la escena del crimen poco antes del ataque. Y no tengo claro cómo llegó hasta allí.

Ernesto trató de disimular una expresión de desdén. Marcelo no pareció percatarse del gesto y si lo hizo, no le dio importancia.

—Un cabo suelto, nada más —dijo—. No me gustan los cabos sueltos, son como una china en el zapato.

Ernesto recordó que Hugo lo había descrito como alguien minucioso, pero aquello le pareció un exceso. Miró a Claudia, pero al no ver nada en su semblante que le indicara qué opinaba de ese detalle, decidió dejarlo estar.

Comenzaron a anotar los puntos más significativos de la entrevista y al terminar Claudia se levantó y lo pinchó en el tablón: no se encontró la cuerda, ¿era uno de los trozos de cuerda del manojo que había en el jardín?, ¿cómo la hizo desaparecer Estéfano? Su actitud no le hacía parecer sospechoso. ¿Cómo llegó allí la pulserita? En la televisión un videojuego encendido con el sonido anulado y el mando en el suelo, ¿estaba el niño jugando cuando ocurrió el ataque? Señales de lucha en la habitación, restos de san-

gre bajo las uñas del niño herido. ¿Se abalanzó sobre Estéfano para defender a su madre?

Ernesto releyó las notas una vez colgadas y no tuvo la sensación de que hubiesen adelantado mucho. Afuera ya se había vuelto oscuro y, según su reloj, llevaban allí más de tres horas. No había sido una tarde muy rentable, pensó decepcionado.

—Al buen doctor le parece que hemos perdido el tiempo —dedujo Marcelo.

—¿Me equivoco? —respondió fastidiado por resultar tan transparente.

—Eso aún no lo sabemos —intervino Claudia con mejor humor—. Casi todo lo que nos ha dicho está en los informes, pero hay alguna diferencia de matiz cuando lo cuenta el protagonista.

—¿Casi todo? —preguntó Marcelo desconcertado—. ¿Me he perdido algo?

—Su impresión sobre la actitud del padre —dijo ella—. Me parece un detalle a tener en cuenta y coincide con la opinión del buen doctor —impostó una voz grave al terminar y a Marcelo se le escapó una sonrisa.

—Muy bien —concedió él—. Consideraré un uno por ciento de posibilidades de que no sea el asesino.

Fue un comentario sin más, entre colegas, pero a Ernesto le escoció.

—¿Un uno por ciento? —preguntó irritado—. ¿Eso es todo? ¿Pretende reducir la inocencia de Estéfano a un cálculo de porcentajes?

Marcelo, que ya recogía sus notas, levantó hacia Ernesto una mirada sorprendida.

—Lo lamento. No pretendía molestarle con mi comentario —contemporizó—. Y no, no pienso reducir esta investigación a un cálculo de probabilidades —añadió con el mismo tono—, pero permítame decirle algo: su amigo Estéfano tiene una vida que podríamos llamar feliz hasta que reaparece su primera mujer dispuesta a jodérsela después de no haber querido saber nada de su hijo durante muchos años; él la odia por eso, es humano —concedió indulgente—. La situación entre los dos se hace cada día más tensa hasta que explota la tarde en que su hijo se va a ir con ella. Discuten y Estéfano pierde los nervios.

Ernesto comenzó a negar con la cabeza y Marcelo se interrumpió un instante.

—Ya, claro. Su amigo no pudo hacer eso —recalcó con ironía el argumento de Ernesto—. Pero resulta que fue la única persona que estuvo en la casa esa tarde, tenía un motivo, se saltó los precintos de la escena del crimen y en una conversación con usted se declaró culpable. —Lo señaló con un dedo y mantuvo la vista fija en Ernesto, a la espera.

Ernesto se limitó a mirarlo y mover la cabeza otra vez.

—Eso son hechos —sentenció Marcelo como si acabase de enunciar la ley de la gravedad—. ¿Tiene usted algo para desmontarlos, aparte de esa fe ciega?

—No —reconoció Ernesto—, pero lo tendré.

Marcelo lo contempló con la tierna mirada de un verdugo.

—Perfecto —dijo—. Si aparece algún hecho que nos haga dudar de todo eso seré el primero en plantear otras hipótesis, entretanto es lo que tenemos.

Ernesto se dejó caer en la silla dando vueltas a las palabras del expolicía mientras se cuestionaba su propia convicción; le dolía escuchar esa fría enumeración de las pruebas que había contra Estéfano y, por algún motivo, le resultaba imposible imaginarlo apretando una cuerda alrededor del cuello de Blanca y menos aún hiriendo a su hijo. Sin embargo, el planteamiento de Marcelo resultaba contundente.

—Muy bien. —Claudia interrumpió sus pensamientos—. ¿Cuándo tenemos la siguiente entrevista?

Marcelo consultó la agenda.

—Dos citas el viernes —dijo—: a las nueve de la mañana con los del comité de ética y a las doce con el primer policía local que llegó esa noche a la casa.

—Vaya... —Claudia resopló y se recogió un pequeño mechón rubio que se había escapado de su coleta mientras Ernesto la contemplaba absorto—. Va a ser una mañana muy intensa. —Ella lo sorprendió mirándola y le sonrió.

*Edic Miguel Sánchez*